## NOTAS Y COMENTARIOS

# DE SAN FRANCISCO Y LA PAZ*

MANUEL LÁZARO PULIDO

Si alguien representa de forma paradigmática la universalidad de la propuesta evangélica de la paz, esa persona es San Francisco de Asís. Concordia, respeto, alegría, encuentro… esos son los ingredientes de la paz que el sentimiento vital y existencial —evangélico– del Santo de Asís ha ido forjando. Un «ser en el mundo» reconocido siempre y en todos los lugares, una propuesta universal que profundiza el *hic et nunc* de nuestra condición humana y que ha traspasado los horizontes y las fronteras de una invitación meramente religiosa, para ser una propuesta universal que nace del reconocimiento, ahora sí, religioso y por ello profundamente humano, del Dios que es Amor, Bien y Paz. Un proyecto humano y humanizante que se conoce como «espíritu de Asís». Un hálito de humanidad, concordia y encuentro humano y religioso que supera cualquier particularismo y profundiza en el auténtico *ser y estar* franciscano. Por eso en una colección dedicada con gran acierto, atino y oportunidad a San Francisco de Asís como figura clave de comprensión y construcción del mundo actual, no podía dejar de reconocerse el valor fundante de la paz y de la propuesta de paz franciscana para el mundo de hoy.

La editorial PPC junto a la Orden Franciscana han diseñado una colección que vale la pena mencionar en ocasión de esta reseña. El objetivo de la misma es señalar desde una mirada profunda y sencilla (no simple), en fin, de manera bien franciscana, la actualidad de un personaje intemporal como es San Francisco de Asís que supo encarnar el Evangelio en su tiempo, proporcionándonos una hermenéutica de la vida del cristiano y su oferta al mundo que abre posibilidades de reactualización continuas: el espíritu franciscano está perennemente vivo, San Francisco siempre tiene algo que decir

---

* **Martínez Fresneda, Francisco**, *Francisco de Asís y la paz*. PPC, Madrid 2007, 173 pp., 12 x 19 cm.

a los hombres, más allá del tiempo en el que vivan. ¿Qué puede decir a los cristianos y personas del siglo XXI? Esta colección reedita, por medio de especialistas y de personas que viven este espíritu, una mirada a diversos asuntos contemporáneos desde los ojos del Pobrecillo. Dos libros han visto ya la luz antes que *Francisco de Asís y la paz*. El primero, *Francisco de Asís y tú*, pone en evidencia —de la mano del coordinador de la colección y profesor de Filosofía en la Universidad Pontificia Antonianum de Roma, José Antonio Merino— la actualidad de la llamada personal a vivir en la fidelidad al Evangelio y al hombre que se reactualiza constantemente en Francisco de Asís, como ya hemos apuntado. Por su parte, el segundo ensayo, escrito ágilmente por el franciscano Cardenal Mons. Carlos Amigo Vallejo, trasciende la esfera personal introduciéndonos en la llamada a vivir la Iglesia de manera fecunda y profunda, tal y como lo hizo Francisco de Asís desde la fraternidad que se mantiene fiel a la enseñanza de los apóstoles, de ahí el título: *Francisco de Asís y la Iglesia*.

No es fruto de la casualidad que Francisco Martínez Fresneda escriba un libro sobre San Francisco y la Paz y que él haya sido el encargado de presentar esta esencial faceta de Francisco de Asís y la foma de vida franciscana. Su conocimiento sobre el pensamiento sanfranciscano y franciscano se construye a partir de su experiencia personal y su vivencia vocacional en el franciscanismo y la desborda gracias a una sólida formación teológica y a una excepcional experiencia docente e investigadora. Las mismas virtudes ha demostrado ya con anterioridad, también, respecto el análisis del fenómeno y la experiencia de la paz en el mundo (cf. su obra *La Paz. Actitudes y creencias*; una obra que ya conoce su cuarta edición y que ha sido traducida al italiano).

Este ensayo tiene la pretensión de ser una lectura profunda y ágil a la vez. Se eliminan elementos que puedan entorpecer una comprensión lectora que lleve a la reflexión y provoque la acción, que es el objetivo principal del libro. En aras a ello y buscando la accesibilidad desaparecen las notas a pie de página y si existen algunas citas se insertan las referencias, de forma simple, en el texto. De hecho, las citas se refieren a las fuentes reveladas o textos fundamentales de otras religiones y —como no podía ser de otra manera— a los Escritos de Francisco de Asís, cuyas *siglas y abreviaturas* aparecen en primer lugar (6-5). Más allá de éstas, amén de Benedicto XVI (en especial *La persona humana, corazón de la paz*), o alguna mención al magisterio, sólo se citan dos autores. No obstante, se ofrece una bibliografía básica al final del libro que es una buena compañía para profundizar con más detalle, si se desea.

La obra consta de dos partes precedidas de una *Introducción* –o *Presentación,* según reza en el *Índice*– (8-13). La primera se centra en la figura de Francisco de Asís. Y la segunda explicita el espíritu franciscano. Es una estructura coherente con el significado vital-existencial y teológico de la obra de San Francisco de Asís, en especial respecto de la paz. Responde, a su vez, a lo que el mismo Francisco Martínez seña-

la en la *Introducción*: «La cuestión la afronta Francisco no solo en lo que enseña sobre el contenido que conforma la experiencia de paz, sino en el *estilo de vida* que asume, con qué *perspectivas* se relaciona en su contexto vital y cómo logra personalmente *romper* la dinámica fratricida de la creación e *integra* por el amor los elementos que fundamentan la vida humana» (12).

La primera parte —*I Francisco de Asís* (pp. 15-72)— es un estudio del entendimiento y la vivencia que el Santo de Asís tiene de la paz. A la vez que se desgranan los elementos de dicha comprensión y vivencia, se van cimentando los fundamentos de una experiencia de paz de validez universal. La vida de Francisco de Asís se hace paradigma cristiano del fruto de paz de la vida del creyente, y se revela como el modelo humano hecho carne que nos lleva a la experiencia fundante de la paz hecha para todo hombre, que no es otra que la vida de Cristo.

Desde el punto de vista antropológico interesa en el análisis de Francisco Martínez el dinamismo de la paz en Francisco de Asís, que no es centrípeto sino centrífugo: va de dentro a fuera. Y no es subjetivo, sino personal: la paz nace de lo más íntimo, porque es allí donde se vive la experiencia de relación. Una vez experimentado de forma íntima y espiritual lo que significa el encuentro (la presencia del Espíritu), entonces se pueden crear espacios de encuentro de paz con los demás. San Francisco señala de forma positiva uno de los grandes déficits de la experiencia de paz actuales: el olvido de la mirada antropológica en beneficio de una óptica sociopolítica. Francisco de Asís fundamenta la vida comunitaria en la experiencia interna de encuentro con el Otro. En el mundo actual, con frecuencia, la dirección camina en sentido inverso: se parte del concepto sociológico y político —desnaturalizando al hombre y olvidando, si no despreciando, su intimidad— en aras a un subjetivismo psicológico y un sociologismo individual que olvida el fundamento interno y personal que fundamenta todo encuentro. No existiendo en el sujeto posibilidad de salir de la inmanencia no se puede salir del mero individuo, y el sujeto cae en el subjetivismo. Lo social olvida la dimensión auténtica del encuentro transformándose en una mera categoría lingüística. San Francisco propone buscar dentro del sujeto para, así, poder trascenderse. Hoy no pocas propuestas buscan el subjetivismo sin poder salir de la inmanencia.

Los tres epígrafes de esa bella parte muestran la autenticidad y universalidad de la propuesta de Francisco de Asís. Invitación que nace en *La paz interior* (15-18), es decir, en el ejercicio de la paz, pues quien adquiere como *forma se*r la forma del evangelio, es un hombre en continua *Misión de paz* (19-39) y nos hace ser *Testigos de la paz* (39-60), y –solidariamente a ella– de una humanización que nace *De la justicia y la libertad* (60-72). Francisco reedita en su vida la paz evangélica y reconoce en la misión de paz las exigencias de la evangelización y construcción del Reino de Dios. El autor señala cuatro momentos de esta misión evangelizadora tal como la hace posible Francisco de Asís:

1) se rehúye la ofensa y todo aquello que comporta el abandono de una actitud de acogida, como el enjuiciar;

2) siguiendo las palabras del autor: «La forma de misión que Jesús confía a sus discípulos se integra en las reglas y normas que Francisco elabora a fin de que se asemejen en todo a la mediación de la presencia del Reino» (24);

3) el estilo de vida franciscano de paz y fraternidad tiene una repercusión social y exige al franciscano un sumo respeto y comportamiento pacífico con los que le rodean: sacerdotes, marginados, ciudadanos y autoridades;

4) por último, se extiende a aquellos que piensan diferente a nosotros, a los de distinta e incluso hostil cultura, más allá de la sociedad, en el encuentro interreligioso e intercultural: el evangelio es signo de paz religiosa, «Francisco se propone establecer la paz entre los cristianos y los musulmanes» (33).

Se hace misión de paz siendo testigo de paz. Fundamentada en la experiencia de fe, la paz es fuente y fruto de la transformación interior: es pacífico quien da testimonio de paz en su vida, quien se propone como lugar de paz. Hoy en día se presentan escenarios de paz, de acuerdos, de voluntades, de lugares comunes… pero el hombre no ofrece su vida como el auténtico escenario y lugar de encuentro de la paz. Y esto precisamente nos brinda Francisco de Asís. Dios bueno puede ante cualquier tentación y Jesús es la evidencia viva, hecha carne, de ello, prueba de la bondad divina, del efectivo triunfo de la paz, en fin, del testimonio real en su condición de siervo. Eso lo supieron ver las primeras comunidades cristianas en Jesús crucificado y Francisco lo hace vida. Cristo es el fundamento de la entrega, del amor, es Dios bueno: «Por un lado, Jesús, débil e inocente, es el *centro* y *medio* de la experiencia creyente de Francisco […] Por otro lado, la existencia se apoya, además de en Dios, en los *pobres*, que es el lugar privilegiado en el que vive Jesús y en donde proclama la Buena Nueva de la paz a todo el mundo» (52.55). Justicia y libertad se presentan desde la condición de hermandad de los Hijos de Dios como los ingredientes necesarios para la paz.

La segunda parte, *Fraternidad de Paz* (73-165), supone una lectura para el hombre de hoy de la oferta de San Francisco en la elaboración, presentación y vivencia de la paz. Se abre el segundo bloque con un resumen del primero, piedra sillar de la propuesta franciscana: «La forma concreta en que Jesús y Francisco anuncian esta nueva era es la del siervo, un modo de ser y situarse ante los demás que la comunidad cristiana aplica a Jesús y que Francisco comprende como la mejor y más ajustada actitud evangélica para conseguir la reconciliación consigo mismo y con los demás, fundada en una concepción teológica de la justicia, la libertad y la creación» (73-74). La fraternidad de paz que nos propone Francisco nace en *El Dios de la paz* (75-97). Se hace experiencia concreta teológica, religiosa y humana en el «espíritu de Asís», una propuesta a la familia humana a partir de la experiencia de Francisco y Clara de Asís, que sitúan en el centro

de toda paz al Dios de la creación y de la paz. Dios-Bien creó todo bueno y nos ha regalado la paz como un don y una tarea. La paz nace de la reconciliación en el interior del hombre y entre los pueblos, y convoca a todos los hombres. Los cristianos, la humanidad, son *La familia del Dios de la paz* (97-115). Los cristianos, la Iglesia, han de revivir la experiencia de los que han vivido el Evangelio, los que han comprendido el significado pacífico de la cruz de Cristo, en fin, de los que son testigos del testimonio de Jesús. Un testimonio liberado de toda condición sociopolítica que garantiza ser voz límpida, un ejercicio que la Iglesia ha hecho patente en el siglo XX, un siglo especialmente sangrante: curiosamente el siglo del ateísmo, del alejamiento de Dios, ha sido el siglo más violento cualitativa y cuantitativamente. Se trata, pues, de crear una *Cultura de paz* (116-134), ya que la cultura es expresión compartida de construcción de nuestra humanidad. El autor se refiere a una cultura que en su diversidad edifique una *Ética de paz* (134-144), de modo que sea capaz de reconocer un horizonte común de amor y paz, sepa partir de una «ética de mínimos que abarque a todas las culturas y pueda tener su desarrollo específico en el derecho, en la política, en la educación, etc.» (134). Son las nuevas generaciones las que están llamadas a realizar esta tarea y para ello deben reconocer los beneficios efectivos de una cultura de la paz y de los fundamentos auténticos de la paz, esos que San Francisco de Asís hizo vida en su seguimiento al Dios creador que se dio en la cruz y el Evangelio. El trípode en el que sustentar la paz se completa, junto con la cultura y la ética, con la educación. *Educar para la paz* (144-159) no es un eslogan y el autor lo sabe. De hecho el autor es profesor en la Facultad de Educación de la Universidad de Murcia y por sus aulas han pasado y pasan miles de jóvenes educadores que son, a su vez, educandos. Conoce, pues, bien la importancia y dificultad de esta tarea. La falta de criterios, la relativización cultural que se manifiesta en la diversidad semántica de los conceptos…, provoca que hablar de paz no responda siempre a un discurso homogéneo y que se olvide el fundamento trascendente, la raíz personal y la vertiente comunitaria de la paz: Si no se tiene claro qué es la paz, ¿cómo trasmitirla en la educación? Sin embargo educar para la paz es, paradójicamente, un concepto que hemos de unificar no como uniformidad sino en su significado de encuentro, pues "educar para la paz significa educar para la diferencia" (149). Diferencia que se manifiesta en las distintas etapas de la vida, en las diversas culturas… pero que tiene un espacio común que no es otro que el deseo de la auténtica búsqueda de libertad y autonomía, que lejos de caer en el desencuentro y en discursos paralelos, apuntan a una dirección –señala el autor–: "La actitud pacífica del Siervo del Señor, de Jesús de Nazaret, de Francisco de Asís, rompe la espiral de violencia que experimenta la humanidad" (158).

En *Conclusión* (159-165), apunta Francisco Martínez, Francisco de Asís representa una experiencia concreta, histórica, una personalidad suscitada por el espíritu de Dios, que generan la

esperanza de la paz. Los seguidores de Jesús, de su vida, como de manera especial lo hizo Francisco de Asís, «revelan a un Dios de Paz» (164).

Invito a todos los lectores, desde los más eruditos —que obsesionados en el detalle de las profundizaciones y análisis olvidan con frecuencia la belleza de un cuadro bien realizado— a los menos especialistas —que huyen del lenguaje complicado de un libro que tenga una cierta complejidad— a leer esta obra, escrita desde el conocimiento, la competencia y la profundidad. Francisco Martínez Fresneda nos regala una bella metáfora de franciscanismo tanto en su forma como en su contenido. En su forma porque encarna espléndidamente la sencillez franciscana que no es simpleza; y en su contenido, porque la paz es uno de los más reconocidos estandartes de la forma de vida franciscana.

Es de agradecer también a PPC el esfuerzo de editar una colección sobre Francisco de Asís, referente intemporal de humanidad, inspiración de todo cristianismo, siempre vivo y perpetuamente actual. Termino con las magníficas palabras con las que el libro concluye, sumándome a Francisco Martínez en su llamada a la reflexión en un pleno siglo XXI lleno de veleidades. Una mirada desde dentro hacia fuera, desde la experiencia interior de la trascendencia al encuentro con el otro: «Desde estas entrañas de las creencias es como se puede ayudar, en fin, a buscar y luchar por un mundo más pacífico, como hizo Francisco de Asís y defienden sus seguidores» (165).